

Hechos 17:1-15

Acts 17:1-15

¹ Atravesaron por Anfípolis y Apolonia y llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. ² Y de acuerdo con su costumbre, Pablo entró a reunirse con ellos, y por tres sábados discutió con ellos basándose en las Escrituras, ³ explicando y demostrando que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos. El decía: "Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo." ⁴ Y algunos de ellos se convencieron y se juntaron con Pablo y Silas: un gran número de los griegos piadosos y no pocas de las mujeres principales.

⁵ Entonces los judíos se pusieron celosos y tomaron de la calle a algunos hombres perversos, y formando una turba alborotaron la ciudad. Asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. ⁶ Como no los encontraron, arrastraron a Jasón y a algunos hermanos ante los gobernadores de la ciudad, gritando: "¡Estos que trastornan al mundo entero también han venido acá! ⁷ Y Jasón les ha recibido. Todos éstos actúan en contra de los decretos del César, diciendo que hay otro rey, Jesús." ⁸ El pueblo y los gobernadores se perturbaron al oír estas cosas; ⁹ pero después de obtener fianza de Jasón y de los demás, los soltaron.

¹⁰ Entonces, sin demora, los hermanos enviaron a Pablo y Silas de noche a Berea; y al llegar ellos allí, entraron a la sinagoga de los judíos. ¹¹ Estos eran más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron la palabra ávidamente, escudriñando cada día las Escrituras para verificar si estas cosas eran así. ¹² En consecuencia, creyeron muchos de ellos; y también de las mujeres griegas distinguidas y de los hombres, no pocos. ¹³ Pero cuando supieron los judíos de Tesalónica que la palabra de Dios era anunciada por Pablo también en Berea, fueron allá para incitar y perturbar a las multitudes. ¹⁴ Entonces los hermanos hicieron salir inmediatamente a Pablo para que se fuese hasta el mar, mientras Silas y Timoteo se quedaron allí. ¹⁵ Los que conducían a Pablo le llevaron hasta Atenas; y después de recibir órdenes para Silas y Timoteo de que fuesen a reunirse con él lo más pronto posible, partieron de regreso. (RVA)

Cristo dio el mandato a su iglesia de predicar el evangelio a toda criatura. Pero también advirtió que enviaba a sus seguidores como ovejas en medio de lobos y advirtió que su mensaje ganaría la enemistad del mundo. Les advirtió que el siervo no es mayor que su amo, que si le han perseguido a él, también perseguirían a sus seguidores. El libro de los Hechos da gran número de ejemplos de esto. Pero el libro de los Hechos también es la historia de la manera en que en medio de la oposición y la

persecución, Dios usó la fiel proclamación de la palabra de Dios para extender y expandir a la iglesia, para traer siempre más almas a la salvación. Nuestro texto es un ejemplo de las dos reacciones que siempre han sido ocasionados por la predicación del evangelio. Meditemos esta mañana en el tema: Las dos actitudes hacia la predicación del evangelio.

La predicación del evangelio produce oposición. Vemos esto en nuestro texto. Cuando Pablo predicó en Tesalónica, surgió una fuerte oposición. “Atravesaron por Anfípolis y Apolonia y llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y de acuerdo con su costumbre, Pablo entró a reunirse con ellos, y por tres sábados discutió con ellos basándose en las Escrituras, explicando y demostrando que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos. El decía: ‘Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo.’ Y algunos de ellos se convencieron y se juntaron con Pablo y Silas: un gran número de los griegos piadosos y no pocas de las mujeres principales. Entonces los judíos se pusieron celosos y tomaron de la calle a algunos hombres perversos, y formando una turba alborotaron la ciudad”.

Notamos que Pablo tomó muy en serio su responsabilidad como evangelista. Lo que hizo en Tesalónica lo hizo “de acuerdo con su costumbre”. A dondequiera que iba, entraba en la sinagoga para hablar acerca de Jesús. Era necesario hacer esto. Jesús había sido prometido a los judíos como su Mesías, y tenían el primer derecho de aprender que su Salvador prometido de hecho había venido y había completado su obra. El problema fue, que la mayoría de los judíos había formado un concepto totalmente diferente de lo que sería su Mesías de lo que realmente había sido Jesús. Así fue necesario que Pablo discutiera con ellos de base de las Escrituras. Los judíos generalmente hacían caso solo de los pasajes que prometieron un glorioso reinado al Mesías, pero pasaban por alto todos los pasajes que trataban del Siervo de Dios que sufriría y moriría, y que solamente después resucitaría y entraría en su gloria. Así Pablo por tres semanas tomaba los pasajes del Antiguo Testamento, los explicaba y demostraba la manera en que todos los detalles de la vida y muerte de Cristo eran exactamente conformes a lo que Dios había prometido en las Escrituras, “explicando y demostrando que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos”. Haciendo la comparación, y respondiendo las preguntas, llega a su conclusión: “Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo”.

Cuando Pablo hizo esto, no hizo otra cosa de lo que el Señor Jesús mismo había hecho. En la tarde del día de su resurrección, él mismo dio en curso en la interpretación de las profecías del Antiguo Testamento a dos discípulos en el camino a Emaús.

“Entonces él les dijo: -- ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y todos los Profetas, les interpretaba en todas las Escrituras lo que decían de él” (Luc. 24:25-27).

Seguramente Pablo habrá indicado pasajes tales como el protoevangelio, la promesa de la Simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, aunque él mismo sería herido en el talón al hacerlo. Seguramente presentó pasajes como el Salmo 22, en donde el Mesías en agonía clama: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Seguramente les recordó también el conmovedor pasaje de Isaías 53, que habla del Siervo de Jehová que fue molido por nuestras transgresiones, por cuya herida nosotros somos sanados. Que todos nosotros como ovejas nos hemos apartado del Señor, siguiendo nuestro propio camino a la segura destrucción, pero que fuimos rescatados cuando “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Seguramente incluyó otros detalles, tales como su cumplimiento de la profecía de que el Mesías nacería de una virgen, y profecías como la del Salmo 16, que habla de un Siervo de Dios que moriría, pero cuyo cuerpo no sufriría la corrupción en el sepulcro, sino sería llamado otra vez a la vida. Realmente Jesús había cumplido todo lo que el Antiguo Testamento había declarado acerca del Mesías. Era justificada la conclusión de Pablo: “Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo”.

Mientras en Tesalónica había algunos que respondieron a este mensaje, vemos que la mayoría no solamente no lo aceptó, sino respondió con violencia a este mensaje. “Entonces los judíos se pusieron celosos y tomaron de la calle a algunos hombres perversos, y formando una turba alborotaron la ciudad”. Intentaron hacer violencia contra Pablo, atacando la casa en donde se hospedaba. Como no lo encontraron a él, sacaron al dueño de la casa y a algunos otros creyentes y los llevaron a las autoridades, alegando que eran culpables de traición a la patria: “Todos éstos actúan en contra de los decretos del César, diciendo que hay otro rey, Jesús”. Cosa que, si el oficial lo hubiera tomado en serio, podría haber sido motivo de sentencia de muerte para Jasón.

Pero examinemos un poco más los motivos del rechazo de parte de la mayoría de los judíos y gentiles en Tesalónica. Porque hubo otro alegato. “¡Estos que trastornan al mundo entero también han venido acá!” Pablo y sus compañeros fueron acusados de trastornar el mundo entero. ¿Cómo, podríamos estar preguntando, se podía hacer semejante acusación? Pero la acusación no debe sorprendernos. En cierto sentido es cierto que el evangelio trastorna el mundo entero. El mensaje de Pablo de

la salvación solamente por la gracia de Dios mediante la fe en Cristo quita toda gloria del hombre. El fariseo que se esforzaba por obedecer a Dios para ganar la salvación se sentía ofendido. Pablo mismo había perseguido a la iglesia por esa precisa razón en otro tiempo. Trastornó todo su concepto del valor del hombre y de cómo Dios debe actuar. Seguramente debe premiar a los que se esfuerzan por hacer el bien, y castigar duramente al que ha pecado groseramente. Pero, ¿qué hacer con un Dios que justifica al impío, y al que se ha esforzado por hacer el condonarlo como culpado de todo si ha ofendido en sólo un punto?

Realmente, esto trastorna todo el modo natural de pensar, no solamente de los judíos de aquellos días, sino también el fariseo que está en nosotros. No nos gusta tampoco oír que todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia, y que los pecadores y publicanos entrarán en el reino de los cielos antes que mucha gente decente que se enorgullece de lo que es. También nosotros queremos pensar que cuando estamos en la cumbre de nuestros poderes, con un trabajo, con fuerza física y mental, que entonces es cuando hemos llegado y somos alguien. Pero viene el mensaje bíblico y nos declara que el que es mayor entre nosotros es el niño pequeño que es totalmente dependiente y solamente puede confiar. De hecho, que nadie puede entrar en el reino de Dios si no llega a ser como uno de esos pequeños. Los judíos en general rechazaban a Jesús porque no podían ajustar sus pensamientos a lo que Jesús realmente era. Pensaban que el rey de los judíos tenía que ser una figura potente en este mundo, y si eran el pueblo de Dios, pronto o tarde deben dominar el mundo. Un rey que conquistara muriéndose no era para ellos. Podemos criticarlos. Pero cuántas veces no ocurre con nosotros que no nos gusta tampoco la imagen del Señor crucificado, especialmente cuando se nos dice también a nosotros tomar nuestra cruz y seguirlo, y que es necesario que a través de mucha tribulación entremos en el reino de Dios. A nosotros también nos gustaría la gloria, pero no la cruz. Tendemos a preguntar, “si soy hijo de Dios, ¿no deben terminar ya de una vez mis problemas y dolores? Si Dios realmente me ama y soy redimido, ¿cómo es posible que todavía sufro aflicción, que me quedo pobre, que sufro injusticias? Muchos, cuando les vienen estos pensamientos, también hoy día dejan a Jesús, y piensan que el mensaje cristiano es solamente algo que trastorna el mundo entero. ¿Y quién negará que tales pensamientos hayan venido a veces a su mente? Nuestra mente natural no es en realidad diferente de la mente de aquellos que se ofendieron por el mensaje de Jesús en aquellos días.

Cuando lo consideramos así, tal vez lo que debe sorprendernos es que algunos hayan creído, y, lo que es más, se mantuvieron en su fe. ¿Y cómo sucedió esto? No fue porque su mente natural

era más propensa a creer estas cosas que los demás. Los que llegaron a la fe habrían confesado exactamente lo mismo que nosotros: Creo que no puedo por mi propia razón o por mis propias fuerzas creer en mi Señor Jesucristo, ni allegarme a él”. Pero Pablo había usado la única cosa que sí puede convertir los corazones. Toda su exposición era la exposición de las promesas de Dios en la Escritura. “Discutió con ellos basándose en las Escrituras, explicando y demostrando que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos”. Demostró que todo esto era el plan misericordioso de Dios para rescatar y salvar a los pecadores. Que con esa muerte que Dios había predicho, Cristo había pagado la deuda, que había obtenido para los pecadores el perdón de todos sus pecados. La resurrección era la prueba indubitable de que Dios estaba ya satisfecho, que estaba reconciliado con los hombres que le habían ofendido con sus transgresiones. Les mostró su pecado, pero sobre todo les mostró el Salvador de los pecadores. Mientras muchos rechazaban, hasta con violencia, también fue ganada una pequeña congregación de creyentes mediante este testimonio bíblico.

Cuando la oposición obligó a Pablo y sus compañeros a salir de Tesalónica, llegaron a Berea. La Escritura nos da el testimonio acerca de ellos de que “Estos eran más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron la palabra ávidamente, escudriñando cada día las Escrituras para verificar si estas cosas eran así. En consecuencia, creyeron muchos de ellos; y también de las mujeres griegas distinguidas y de los hombres, no pocos”. Aunque en Tesalónica era una pequeña minoría que se convirtió a la fe en Cristo como el Mesías, debido a sus prejuicios acerca de cómo tenía que ser el Mesías, los de Berea concienzudamente investigaban en las Escrituras. Comparaban lo que Pablo dijo con lo que ellos mismos leían en las páginas sagradas. El resultado fue que, por la iluminación del Espíritu Santo, buen número de ellos llegó a creer.

Esta actitud, de escudriñar las Escrituras, de comprobar toda doctrina comparándola con la Escritura, y luego aceptar con sencilla fe el testimonio de Dios, es descrito como “más noble”. Haciendo esto, podían vencer sus prejuicios, corregir ideas equivocadas, fortalecer su conocimiento y afirmarse en la fe. ¡Qué buena recomendación para que nosotros también escudriñemos las Escrituras, que comprobemos todo con ellas, tanto lo que se nos enseña, y examinando todos nuestros propios pensamientos a la luz de la palabra inspirada de Dios, para llevar todo pensamiento cautivo a la palabra de Dios! Así también nuestra actitud podrá ser descrita como “noble”, porque resultará en nuestro fortalecimiento y crecimiento en la verdadera fe en Cristo que salva. Con esto serán vencidos todos los pensamientos vanos de nuestra mente natural, y nos

regocijaremos en la promesa de la gloria venidera, no importa cuál sea la cruz que Dios tenga a bien imponernos ahora. Que Dios nos ayude a tener siempre esta actitud de firme deseo de estudiar su palabra, y a siempre creer solamente lo que él nos revela allí para nuestro bien y salvación. Amén.